

EL LIBERTADOR

La oligarquía contra Bolívar

En la noche del 25 de septiembre, en el Palacio de San Carlos de Bogotá, capital de Nueva Granada, un grupo de conspiradores intentó cumplir su proyecto: asesinar al Libertador.

Luego de forzar la entrada del recinto y asesinar a dos custodios, se dirigieron a la habitación donde Bolívar se hallaba durmiendo, pero Manuela Sáenz se percató del inminente atentado y lo convenció para que escapara por la ventana.

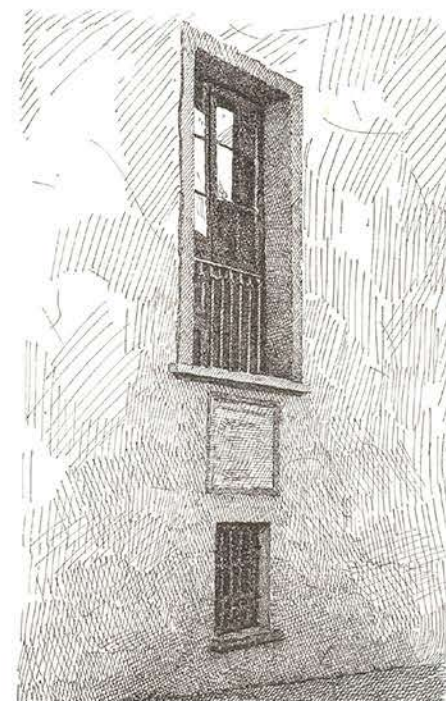
Desde meses anteriores, la oposición y los aliados de Francisco de Paula Santander comenzaron a reunirse para conspirar debido a su disconformidad con la política de Bolívar. De estos encuentros surgió la idea de ultimar al prócer caraqueño.

En un principio, se sospechaba que el sedicioso plan se llevaría a cabo el 10 de agosto, durante un brindis

de celebración del aniversario de la Batalla de Boyacá, en el coliseo de Bogotá; sin embargo, pese a tener información sobre el posible intento de asesinato, Bolívar se negó a faltar al festejo.

En esa ocasión, Manuela Sáenz intentó llegar al brindis para confirmarle al Libertador el plan magnífica, pero entrar sin invitación era imposible, por lo que armó un escándalo hasta que logró hablar con Bolívar. El Libertador, entonces, salió del coliseo, y dejó atrás al grupo que buscaba su cabeza.

En menos de un mes, ya se había planeado un nuevo intento de asesinato en Soacha, a pocos kilómetros de Bogotá. El plan era matar a Bolívar mientras paseaba con un grupo de ministros. Pero, como este plan lo expondría como sospechoso, Santander ordenó posponerlo para el 28 de octubre, día de San Simón.



Ventana de donde saltó el Libertador para salvar su vida.



Tavernier, *Simón Bolívar*, 1841, en: Rafael María Baralt y Ramón Díaz, "Resumen de la historia de Venezuela", París, Imprenta de H. Fournier y Comp., 1841

La agonía de Colombia

“Después de diecisiete años de combates inauditos y de revoluciones, ha venido a parir nuestra madre patria a una hermana más cruel que Megera, más paricida que Júpiter y más sanguinaria que Belona: es la anarquía. La federación será el sepulcro de Colombia.” Así se expresaba el Libertador a principios de 1828. En todas direcciones los tentáculos de la anarquía desafiaban su autoridad: de Caracas a Bogotá, de Guayaquil a Quito. La profunda crisis económica y las dificultades administrativas y de comunicación entre los departamentos miembros de la Unión —sin nombrar otras causas de orden social y político— fueron erosionando el proyecto unitario de la Gran Colombia. Santander en Nueva Granada y Páez en Venezuela personificaban las más fuertes intenciones separatistas.

Cuando Bolívar confirió en 1827 un indulto a Páez por haberse rebelado contra la autoridad central de Bogotá, el partido de Santander radicalizó sus posiciones, tratando de hacer ver las acciones de Bolívar como una forma de autoritarismo rampante, como una tiranía sin escrúpulos. El Libertador, maniobrando entre los múltiples atentados contra la unidad, propondría reformar la Constitución de Colombia, promulgada en Cúcuta en 1821, a pesar de que la misma Carta Magna sólo permitía su propia reforma diez años más tarde, es decir, en 1831.

La última esperanza: la Convención de Ocaña

Tal reforma debería surgir de un consenso entre todos los partidos. A este fin se convocó la Convención de Ocaña, como un supremo intento de salvar la unidad. Celebrada entre los meses de abril y junio de 1828, Ocaña debía ser el escenario capital para reformar el orden constitucional y político de la nación. Pero luego de intensas y acaloradas discusiones entre los delegados de toda la República —entre los que destacaban los bolivaristas, partidarios del centralismo, y los santanderistas, partidarios de la federación— los proyectos de reforma presentados por cada fracción resultaron irreconciliables.

Ante la posibilidad de que el santanderismo, aglutinando una mayoría, aprobara una reforma eminentemente federalista que debilitaba al máximo el poder del presidente, los bolivaristas abandonaron la convención desbaratando toda posibilidad de acuerdo. La patria quedaba en una abismal irresolución.

“Me encuentro en una posición única en la historia”

Sumergido en profundas cavilaciones acerca del futuro de la República luego del desastre de Ocaña; en medio de las intenciones por parte de Perú de invadir los territorios del sur y de la amenaza de los realistas de volver a desembarcar en las costas venezolanas; en medio de esto y de otras punzantes preocupaciones, Bolívar regresaba a Bogotá el 24 de junio de 1828, después de tres meses de ausencia. Lo que se encontraría a su entrada sería la confirmación de su misión ineludible: se había levantado una asamblea popular que lo proclamaba jefe supremo de la República, con la anuencia de todos los departamentos neogranadinos e inclusive con el apoyo de los departamentos del sur y de Venezuela.

No había otra salida. Asumía así el poder supremo el 24 de junio en medio de fiestas y vítores populares; pero sería dos meses más tarde, el 27 de agosto, cuando consolidaría jurídica y oficialmente su poder mediante el Decreto Orgánico,

oficio que serviría como estatuto constitucional solamente hasta el 2 de enero de 1830, fecha en la cual se convocaría un Congreso Nacional para crear una nueva Constitución. El Libertador-presidente, título impuesto en lugar del de dictador o cualquier otro, establecía la más absoluta igualdad y libertad de todos los ciudadanos, y el derecho para publicar y hacer imprimir las opiniones sin previa censura.

Pero habría de ver la luz una resolución que levantaría el encono brutal de un hombre que desde hacía dieciocho meses estaba llamado a ser el principal opositor del Libertador-presidente. La resolución, en efecto, anunció la conformación de un Consejo de Estado, donde se expidiesen y despacharan rápidamente los problemas comunes de la nación, suprimiendo de un tajo las funciones de la Vicepresidencia de la República. El aludido no podía ser otro sino el general neogranadino Francisco de Paula Santander, quien no cesará de trabajar desde entonces en desbaratar el poder del Libertador.



Bolívia De Francisco Martín, *Retrato de Simón Bolívar*, 1857. Colección Casa Natal del Libertador.

Las raíces de una enemistad

“No me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo.” Así el Libertador declaraba tajantemente su enemistad a Santander el 16 de marzo de 1827. No le quedaba otra alternativa a Bolívar luego de enterarse del doble juego que le venía haciendo el neogranadino tras su estancia en Venezuela. Y es que el vicepresidente estuvo a punto de renunciar a su cargo —el general Carlos Soublette lo disuadió de su empresa— para ponerse a la cabeza de una rebelión que independizara los departamentos del centro de los del sur y del norte de Colombia.

Lograda la reconciliación con Páez, que evitaba el derramamiento de sangre y los vientos anarquizantes, y observando que el Libertador regresaba como un digno pacificador sin necesidad de enjuiciar a su compatriota, Santander entró en la etapa crucial de su odio. Aun así, le declara en una carta fechada el 27 de abril de 1827 su “amor” al Libertador: “...sufiré este último golpe con la serenidad que inspira la inocencia (...) Mis votos serán siempre por su salud y posteridad; mi corazón siempre amará a Ud. con gratitud; mi mano jamás escribirá una línea que pueda perjudicarle, y aunque Ud. no me llame en toda su vida, ni me crea su amigo, yo lo seré perpetuamente con sentimientos de profundo respeto y de justa consideración”.

Pero al mismo tiempo, en otra carta, revelaba su verdadero talante: “En mi profesión se evita dar una batalla campal a un enemigo poderoso —le escribe a su fiel colaborador Vicente Azuero— y bien situado, cuando hay esperanzas de destruirlo con partidas, sorpresas, emboscadas y todo género de hostilidades”. Dada en estos términos la fractura entre estos dos hombres, a



Martín Tovar y Tovar, *General Francisco de Paula Santander*, París, 1874. Colección Palacio Federal Legislativo, Asamblea Nacional. Fotografía: Alfredo Padrón

partir de agosto de 1828 se escucharían en los cimientos de la República los truenos mortales de una próxima tormenta...

Los círculos de la muerte

Sólo quedaba una salida para el núcleo opositor liderizado por Santander frente a la autoridad del Libertador-presidente: primero, planificar

una intensa campaña de desprestigio público y, segundo, ejecutar su eliminación física. En cuanto al primer objetivo es evidente el esfuerzo llevado a cabo por los principales diarios liberales, como *El Conductor*, dirigido por Vicente Azuero, y otros pasquines y folletos tendenciosos de sus adeptos cercanos. “Libertador o esclavizador”, “el infame”, “el arbitrario”, “el tirano”, entre otros términos, son los encontrados en las numerosas cartas escritas por Santander a lo largo de 1828.

En cuanto al segundo objetivo, el santanderismo fue más pragmático todavía. Daniel Florencio O’Leary describe con un escalofrío latente aquella trama: “Por aquel tiempo se formaron sociedades secretas que se denominaban círculos (...) El círculo principal residía en Bogotá y constaba de doce individuos, cada uno de los cuales era jefe de un círculo subalterno, que se componía también de doce miembros, y así sucesivamente se formaban otros en las provincias que estaban en correspondencia con el central de Bogotá. Por medio de esta organización (...) se mantenía agitado el país y se concitaban odios contra el Libertador, haciéndolo aparecer como enemigo del pueblo y promotor de planes liberticidas”.

Definido el objetivo magnífica: eliminar al Libertador-presidente, el círculo antibolivariano maniobraba rápidamente: Santander, como vicepresidente legítimo, debía asumir la presidencia en cuanto fuera asesinado Bolívar, paralelamente se haría el arresto de su tren ministerial y militar. Los principales conjurados respondían a los siguientes nombres: Pedro Celestino Azuero, Luis Vargas Tejada, Agustín Horment, Juan Francisco Arganil, Wenceslao Zulaibar, Florentino González, José Félix Merizalde, Ramón Guerra y Pedro Carujo.

La Libertadora del Libertador

La trágica empresa llegaba así a su etapa cumbre: el golpe se daría la noche del 28 de octubre, asaltando el palacio de Gobierno donde se hallaría Bolívar y, al mismo tiempo, atacando al cuartel Vargas, donde se liberaría al almirante José Prudencio Padilla —arrestado meses antes por su levantamiento en Cartagena en contra del Libertador— para que él tomara las riendas de la maniobra. Sin embargo, los conjurados debieron adelantar el acto criminal un mes, puesto que el capitán Benedicto de Triana —afecto al movimiento—, gracias a unos tragos de más, vociferó la existencia del plan en las primeras horas del 25 de septiembre.

De tal modo, se hizo preciso actuar con celeridad para evitar las consecuencias de la delación. Desde las siete y media de la noche los magnificadas se reunieron azoradamente en casa de Luis Vargas Tejada, muy cerca de la Iglesia de Santa Bárbara. Según sus planes, un grupo capturaría al Libertador a toda costa; otro debía apoderarse de los cuarteles; otro tenía que estar preparado para cualquier eventualidad. En total no pasaban de 150 hombres armados. Fusiles, pistolas, sables y puñales cortos eran las armas portadas por los conjurados, todas puestas en un único objetivo: asesinar.

Cuando Manuela Sáenz oyó ladrar insistentemente a los perros del Palacio de Gobierno vio confirmado lo que ya sabía mucho antes. Si no hubiera sido porque el propio Libertador la mandó a llamar aquella noche porque se sentía enfermo y necesitaba su compañía, no hubiera estado en aquel escenario trágico. Al asomarse a la ventana, Sáenz observó desde arriba que en la entrada del palacio yacían muertos los guardias, y ésta era la prueba de que sólo segundos separaban a Bolívar de la muerte. En tropel, armas en mano y en la penumbra de la medianoche, los rebeldes Horment, Carujo, Zulaibar, González y otros quince, suben las escaleras del palacio tum-

bando violentamente todo a su paso. Valerosa, la quiteña abrió la puerta de la habitación y se enfrentó a los criminales: “Desde que me vieron —contaría después ella misma— me agarraron y me preguntaron: ‘¿Dónde está Bolívar?’ Les dije que en el Consejo, que fue lo primero que se me ocurrió...” Estrategia que le costó una golpiza cobarde, pese a que Horment le perdonó la vida por ser mujer. Asistiendo, sable en mano, el coronel Guillermo Ferguson al palacio, se conseguiría con la bala asesina de Pedro Carujo. Y creyendo los confabulados que se trataba de Bolívar, abandonaron el lugar y cantaron victoria: “¡Ha muerto el tirano! ¡Viva la Constitución!”.

Pero se equivocaban. En efecto, y pese a que deseaba hacer frente con su sable a los asaltantes, Bolívar había saltado por la ventana siguiendo las instrucciones ansiosas de Manuelita. Justo cuando caía a la calle, el Libertador se encontró casualmente con su repostero, José María Antúnez, quien lo llevó a refugiarse debajo del puente El Carmen. Allí, embarrado en el fangoso cauce y totalmente desarmado, esperó varias horas hasta que todo pasara. En el otro frente del atentado, los facciosos habían tenido éxito asaltando el cuartel Vargas: habían liberado a Padilla luego de asesinar cruelmente al coronel José Bolívar. Enterado del levantamiento, el general Rafael Urdaneta, ministro de Guerra, hizo frente a la situación junto a las tropas leales. Luego de dos horas de fuego cerrado, los insurrectos huyeron en desbandada al observar el rechazo total del pueblo: ya todo estaba perdido para ellos.

El grito de la victoria sería entonado por la muchedumbre en la Plaza Central a las dos de la mañana, cuando vieron regresar, mojado, a caballo y acompañado por la plana militar, al Libertador con vida, sano y salvo. Cuando regresó al palacio aquella madrugada, viendo los rastros sangrientos del atentado, abrazó fuertemente a Manuelita y, mirándola a los ojos, le dijo una frase que todavía retumba en los ecos de nuestra historia: “Tú eres la Libertadora del Libertador”.



Marco Salas, *Manuela Sáenz*, copia de Tecla Walker, 1924. Colección Casa Museo Quinta de Bolívar, Bogotá.

Los dictámenes de la justicia y el preámbulo de nuevas tormentas...

Oponiéndose a la idea de que Manuelita fuera llamada para identificar a los que habían entrado en el palacio, y queriendo más bien, en un primer impulso, perdonar a todos los comprometidos, el Libertador afrontaba aquello en medio de una profunda consternación existencial: “...mi corazón está quebrantado de pena por esta negra ingratitud; mi dolor será eterno, y la sangre de los culpables reagrava mis sentimientos. Yo estoy devorado por sus suplicios y por los míos”. Pero él sabía bien quién era el núcleo intelectual de toda aquella parafernalia de la muerte; así se lo confiesa en carta al Mariscal Sucre, con tono elocuente y certero: “...Santander es el principal, pero es el más dichoso, porque mi generosidad lo defiende”.

Sin embargo, los dictámenes de la justicia fueron implacables. No habían pasado setenta y dos horas del abominable atentado y ya se ejecutarían las primeras descargas del pelotón de fusilamiento: Pedro Celestino Azuero, Horment, Zulaibar, Guerra y Padilla, así como varios oficiales, suboficiales y soldados de artillería involucrados, sucumbirían. Los demás, como Luis Vargas Tejada, huyeron. Respecto a Santander, el Libertador se enfrentó a una dura decisión. “Los testimonios y las pruebas que hasta ahora tenemos no constituyen todavía una evidencia perfecta para poderle juzgar y conde-

narle a muerte, porque según mi propia opinión y la de otros, es menester juzgarle más bien con clemencia que con rigor por causa de ser mi enemigo”, apuntó el Libertador.

Al igual que al venezolano Pedro Carujo, al neogranadino Francisco de Paula Santander se le conmutará la pena de muerte el 10 de noviembre —según el dictamen del Consejo de Guerra y previa anuencia del Libertador— y se le obligará al destierro total de la patria. Santander fue conducido rápidamente a los calabozos del castillo de San Francisco de Bocachica, en Cartagena, previa confiscación de todos sus bienes, entre otras cláusulas penales. Después de cuatro años de exilio por Europa y Norteamérica, volvería el 17 de julio 1832 a Santa Marta, recibiendo en 1833 la Presidencia Constitucional de la Nueva Granada hasta 1837.

Bajo la sombra de la traición, cobraba cuerpo para el Libertador y para la gran República de Colombia aquel triste sepulcro tanto temido, tanto esquivado. Desde la terrible noche septembrina un oscuro desencanto habitará el ánimo del Libertador-presidente. “Mi existencia ha quedado en el aire con este indulto, y la de Colombia se ha perdido para siempre.”

Testimonios del atentado



José María Espinosa, *Simón Bolívar*, Bogotá, 1828.
Colección Fundación John Boulton, Sala Bolivariana patrocinada por el Centro de Artes La Estancia PDVSA.

Carta de Bolívar al general Pedro Briceño Mendez

Vd. verá en prueba de esto el resultado final de la conspiración. La gaceta de hoy que le incluyo, le impondrá del resultado y condena de los conspiradores y asesinos. Mi existencia ha quedado en el aire con este indulto, y la de Colombia se ha perdido para siempre. Yo no he podido desoír el dictamen del consejo con respecto a un enemigo público, cuyo castigo se habría reputado por venganza cruel. Ya estoy arrepentido de la muerte de Piar, de Padilla y de los demás que han perecido por la misma causa: en adelante no habrá más justicia para castigar el más feroz asesino, porque la vida de Santander es el pendón de las impunidades más escandalosas. Lo peor es que mañana le darán un indulto y volverá a hacer la guerra a todos mis amigos y a favorecer a todos mis enemigos. Su crimen se purificará en el crisol de la anarquía, pero lo que más me atormenta todavía es el justo clamor con que se quejarán los de la clase de Piar y de Padilla. Dirán, con sobrada justicia, que yo no he sido débil sino en favor de ese infame blanco que no tenía los servicios de aquellos famosos servidores de la patria. Esto me desespera, de modo que no sé que hacerme. Mañana me voy para el campo a refrescarme y ver si me consuelo un tanto de tan mortales cavilaciones. Sin embargo, me consuela mucho el espíritu que muestra la nación por todas partes, y espero que la buena conducta del gobierno y la ausencia de estos asesinos mejoren todavía más el espíritu público. No es creíble el entusiasmo con que se han felicitado todos los pueblos de Colombia

Bogotá, 16 de noviembre de 1828

Carta de Manuela Sáenz al señor general O'Leary

Señor General O'Leary, Encargado de Negocios de Su Majestad Británica

Me pide usted le diga lo que presencié el 25 de Septiembre del año 28 en la casa del Gobierno bogotano: a más quiero decirle lo que me ocurrió días más. Una noche, estando yo en dicha casa, me llamó una criada mía, diciéndome que una señora con mucha precisión me llamaba en la puerta de calle; salí, dejando al libertador en cama, algo resfriado. Esta señora (que existe) me llamaba, me dijo que tenía que hacerme ciertas revelaciones nacidas de afecto al Libertador, pero que en recompensa exigía que no sonase su nombre; yo la hice entrar, la dejé en el comedor y le indiqué al General. Él me dijo que estando enfermo no podía salir a recibirla (...) la señora me dijo entonces que había una conspiración, nada menos que contra su vida; que había muchas tentativas, y que sólo la dilataban hasta encontrar un tiro certero.

Que los conjurados se reunían en varias partes: una de ellas, en la casa de Moneda; que el Jefe de esta maquinación era el General Santander, aunque no asistía a las reuniones, y sólo sabía el estado de las cosas por sus agentes. Pero que él era el jefe de la obra. Que el General Córdoba sabía algo, pero no el todo, pues sus amigos lo iban reduciendo poco a poco (...) El Libertador, apenas oyó nombrar al General Córdoba, se exaltó, llamó al edecán de servicio y dijo: "Fergusson: vaya usted a oír a esa personas" (...)

El 25 a las 6 me mandó llamar el Libertador; contesté que estaba con dolor en la cara; repitió otro recado, diciéndome que mi enfermedad era menos grave que la suya, y que fuera a verlo; como las calles estaban mojadas, me puse sobre mis zapatos, zapatos dobles. (Estos le sirvieron en la huida, porque las botas las había sacado para limpiarlas). Cuando entré estaba en

baño tibio; me dijo que iba a haber una revolución; le dije: "puede, en horabuena, haber no sólo una sino hasta diez: pues usted da muy buena acogida a los avisos". Me hizo que le leyera durante el baño; de que se acostó, se durmió profundamente, sin más precaución que su espada y pistolas, sin más guardia que la de costumbre (...). Serían las doce de la noche cuando latieron mucho dos perros del Libertador, y a más se oyó algún ruido extraño que debe haber sido al chocar con los centinelas, pero sin armas de fuego para evitar ruido. Desperté al Libertador, y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta; lo contuve y le hice vestir, lo que verifiqué con mucha serenidad y prontitud. Me dijo: "Bravo, vaya, pues: ya estoy vestido, y ahora ¿qué haremos? Hacernos fuertes"; volvió a querer abrir la puerta, y yo lo detuve. Entonces se me ocurrió lo que le había oído al mismo General un día: "¿Usted no le dijo a D. Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?"

"Dices muy bien", me dijo, y se fue a la ventana; yo impedí el que se botase porque pasaban gentes, y lo verifiqué cuando no hubo gente, y porque ya estaban forzando la puerta. Yo fui a encontrarme con ellos, a darle tiempo que se fuesen, pero no tuve tiempo para verlo saltar, ni para cerrar la ventana. De que me vieron me agarraron y me preguntaron: "¿Dónde está Bolívar?" les dije que en el Consejo, que fue lo primero que me ocurrió, y viendo la ventana abierta, exclamaban: "Huyó, se ha salvado!" Yo les decía: "no señores, no ha huído, está en el Consejo" (...)

Con esto se enfadaron mucho, y me llevan con ellos, hasta que encontré a Ibarra herido, y de que me vio me dijo: "¡Conque han muerto al Libertador!" "No, Ibarra, el Libertador vive."

Paíta, 10 de agosto de 1850

Fragmento de una carta de Miguel Peña dirigida al Libertador Simón Bolívar, fechada en Cartagena el 9 de junio de 1828.

"Santander lo halla todo justo para conseguir sus proyectos; él cree que el asesinato es un crimen para el pueblo; pero que entre los grandes es una astucia recomendable; él piensa que si el enemigo no puede destruirse por la fuerza el veneno debe hacer oficio de verdugos; si no encuentra hombres buenos para sostener su causa, se asociará a los malos para hacerlos participar del odio público y comprometerlos en la empresa; usará de la virtud ó del crimen con tal que triunfe."

Fragmento de una carta de Miguel Peña dirigida al Libertador Simón Bolívar, fechada en Valencia el 30 de octubre de 1828.

"La última carta que le escribí de Cartagena se me vino á la memoria; siento no haber dejado copia de ella; le aseguré entonces que Santander no dejaba el campo sin hacer derramar lágrimas y sangre; que si no encontraba hombres buenos, asociaría criminales á su empresa; que no hallando crímenes que atribuirle á U. calumniaría su inocencia; y que mientras él tuviese vida, la de U. estaba en peligro."

CENTRO
NACIONAL
HISTORIA